

Es curioso, pero el único hecho importante —de decisiva importancia— que la Revolución de Junio ha puesto sobre el tapete de la consideración pública, a saber: la facilidad, —casi diríamos, la naturalidad— con que ha sido posible desmontar toda la maquinaria de la vida civil argentina —atropellando sin asco en sus asuntos más complejos— no ha merecido, que sepamos, intento alguno de explicación. En cambio, sobre todos los otros actos del gobierno militar: sobre las reformas sociales, sobre la depuración administrativa, sobre la disolución de los viejos partidos políticos, y sobre tantos otros que sería ocioso enumerar, problemas todos, si bien se mira, de menor cuantía, ríos de tinta han corrido. Con el agravante, para los actuales críticos del gobierno, que el ánimo inquisitorial y la beata sensiblería por los problemas de la llamada justicia social, estaban alojados con anterioridad de varios años a la revolución, en todos los espíritus. En los mismos espíritus que hoy, al advertir las consecuencias reales de sus frívolos errores, ponen el grito en el cielo. Respecto, pues, de lo que habitualmente se inculpa al gobierno, nadie está exento de culpa. Eso es lo malo. Y lo triste.

Sin disminuir un ápice, claro está, la gravedad de tales errores y demasías, es indudable que la cuestión de fondo, que el hecho nuevo y en verdad nocivo, puesto en evidencia por la revolución de Junio era, y sigue siendo, de muy distinta índole. Mas para medirlo en todo su alcance y —lo que es indispensable— conocerlo, en sus causas profundas, hay que penetrar muy adentro de la realidad argentina y americana, hay que entranarse en ella.

No tendrían importancia alguna de fondo, lo repetimos, los errores que diariamente se adjudican al gobierno si por debajo de ellos, y como sustentándolos, no hubiese aparecido con nitidez brutal, un hecho, que para mal de nuestros pecados, es una

VALORES CIVILES

“constante” sociológica de la vida pública argentina. Nos referimos a la debilidad, al ningún arraigo que en nuestras costumbres y en nuestras instituciones políticas, tienen los valores formalmente civiles.

A punto viene recordar aquí unas páginas particularmente lúcidas pertenecientes al libro de Martínez Estrada: “Radiografía de la Pampa”, escrito, como es sabido, hace ya quince años. Advierte Martínez Estrada que junto al desarrollo político y civil del Estado, “el ejército se desarrollaba con la estructura de un Estado”, y que “aun hoy junto a él hasta las organizaciones calcadas en modelos capitalistas o vaciadas en el cuño popular, carecen de carácter y fisonomía: diríanse artefactos ortopédicos en la carne viva de la Nación. Unicamente tiene estructura, unidad, sentido y función lógica ese cuerpo (el ejército) que tiene la forma del país”. Lo cual trae como necesaria secuela que “entre nosotros la intromisión del ejército en el gobierno no es un acto de fuerza consentido por éste, cuanto un acto de debilidad impuesto por aquél”.

Con anticipación de casi tres lustros, las anteriores observaciones de Martínez Estrada, arrojan viva luz sobre una modalidad esencial de la vida argentina, actualizada ahora por la Revolución de Junio y que se escondía tácita pero amenazante tras el simulacro frondoso de nuestras instituciones políticas.

Pero claro está que no porque si ocurren las cosas. Si la Revolución de Junio pudo sin resistencias serias suspender y adueñarse de la vida civil de la república, ello ha de deberse a que las pocas energías sociales en que hasta ese momento se asen-

taban, mal que bien, los valores civiles, habían, si no desaparecido completamente, por lo menos entrado en agudo período crítico. Sintoma de esa crisis es la frivolidad verdaderamente suicida con que, en nombre de epidémicos desórdenes administrativos y de algunas chicanas políticas, cuando no de fanatismos ideológicos que veían en el catamarqueñísimo Dr. Castillo no sabemos qué émulo de Hitler, se creó una atmósfera propicia al entronizamiento del gobierno militar.

La verdad cruda es que en la vida argentina no había ya apelación a instancias superiores. Todo era lo mismo. Nada realmente ejemplar —con pública ejemplaridad— quedaba en pie. Nadie respetaba nada. Y sabido es que cuando la comunidad social está huérfana de esa llave maestra de toda convivencia que es la “clase dirigente”, es decir, cuando una sociedad carece de unos grupos rectores que sirvan de viviente norma y armoniosa regulación del cuerpo social, nada hay que, sobrevenido un período de crisis, pueda impedir el descuyntamiento y la disolución sociales. Con lo cual se hace patente el burdo error de los hombres prácticos que todo lo explican por móviles económicos. Ya hemos comprobado la esterilidad de las llamadas fuerzas vivas de la economía y las finanzas para hacer frente a los atropellos del poder público. O la sociedad se asienta sobre valores del espíritu, o no hay sociedad.

Urge, pues, que los argentinos, sobrepasando diferencias ideológicas —máscaras las más de las veces de oscuros resentimientos, que es como decir, de subrepticio izquierdismo— abran los poros de su alma a la visión y estimación de valores objetivos y concretos, dondequiera ellos se den; y que de este modo contribuyan a que se forme y se afirme en la sociedad argentina una nueva clase dirigente civil.

NUESTRO TIEMPO.

NUESTRO TIEMPO: Valores civiles. — La Palabra del Papa. — Cómo es la realidad. — JULIO MEINVILLE: Concepto de la civilización cristiana. — MARIO AMADEO: Un paladín de Europa. — SANTIAGO DE ESTRADA: Santo Toribio de Mogrovejo. — J. M.: Una Nue-

El concepto de civilización comporta primeramente —y en esto no pueden existir discrepancias— una convivencia de los hombres verdaderamente humana, esto es de hombres que que en sus relaciones se consideran y tratan como tales. Para establecer este concepto no existe ninguna necesidad de acudir a elementos que excedan las luces de la humana razón. Por esto, sostenemos que la civilización, de suyo, no compromete sino valores del orden natural, significando con ello la exclusión de constitutivos sobrenaturales.

Pero, aunque la civilización sea del orden natural, sostenemos también la imposibilidad de existencia de una civilización *naturalista*, esto es que desconozca la necesidad de auxilios supranaturales y que no esté en conexión con los conductos por donde éstos llegan al hombre.

La razón de ello estriba en el estado de enfermedad en que viene a este mundo tanto el hombre-individuo como el hombre-sociedad, lleno de ignorancia en su inteligencia para conocer los deberes morales que le corresponden, aun frente a otros hombres y con malicia en su voluntad para cumplir lo que su razón le señala. No puede el hombre cumplir una *convivencia sin odios*, si antes, luces y fuerzas medicinales no sanan su estado de enfermedad. En su última carta encíclica —que sólo conocemos por los diarios— así lo recuerda Pío XII a propósito de los actuales acontecimientos. "Pero primero —dice— es necesario pedir a Dios que las mentes y los corazones de los hombres se iluminen y renueven a la luz de las enseñanzas de la doctrina cristiana, que es la única de donde puede venir la salvación individual y pública, para que esta devastadora guerra de pueblos y continentes pueda terminar y para que los ciudadanos de todas las clases, reunidos por lazos de amistad comiencen la reconstrucción del edificio humano sobre la inmensa pila de ruinas, a la sombra de la bandera de la justicia y de la caridad."

El estado de salud de una sociedad

Para comprender esta cuestión, es necesario vencer una concepción individualista de la sociedad, como si lo importante fuera influir para la producción de actos virtuosos y para la eliminación de los viciosos. Por virtuosa que sea una sociedad siempre habrá en ella reprobables delitos y por viciosa que se la suponga contendrá actos de virtud. Lo que interesa primero y ante todo es la condición habitual, el estado, de esa sociedad. Así como un hombre se dice justo o vicioso por el estado habitual en que está colocado. Justo cuando la firmeza habitual de su voluntad es la de permanecer en la virtud, aun cuando muchas veces desfallezca y delinea; vicioso, cuando su propósito constante es permanecer en el pecado, aunque cuando en ese estado no deje de realizar obras, en sí virtuosas.

Lo mismo acontece en una sociedad. Por perfecta que se la suponga, mientras estemos aquí en la tierra, tendrá que adolecer de la suerte de los humanos y caer en muchos y graves desvarios. Pero lo importante es que no sea extraviada y maltrecha su *constitución*. Lo importante es que estas obras malas no provengan de una naturaleza viciosa. Porque si aun en estado de salud, el hombre cae muchas veces, en estado de enfermedad caerá muchas más y más gravemente.

Aquí entonces estamos estudiando las condiciones necesarias para que una sociedad esté bien constituida y pueda considerarse civilizada. Y decimos que en el estado actual en que el hombre viene a este mundo no puede alcanzar este estado de salud, esta *condición de civilizada*, esta convivencia humana sin odios, si no es por la eficacia de auxilios de verdad y de gracia, que en la economía actual no nos llegan sino por la Iglesia, católica, apostólica, romana.

Un cristianismo sin la Iglesia

El error que debemos disipar hoy es el que se ha difundido en el mundo moderno de admitir un cristianismo sin la Iglesia. Balmes lo denunciaba energicamente en su "Del Protestantismo comparado con el Catolicismo". "En realidad —dice— el verdadero, el único cristianismo es el catolicismo, pero hay ahora la triste necesidad de no poder emplear indistintamente estas palabras: y esto no sólo, a causa de los protestantes, sino por razón de esa monstruosa nomenclatura filosófico-cristiana que no se olvida jamás de mezclar el cristianismo entre las sectas filosóficas".

A un siglo de cuando Balmes escribía esto, este error ha tomado formas nuevas y mucho más peligrosas. Si quisiéramos descubrir toda su profundidad tendríamos que hacer una larga y cuidadosa filosofía de toda la historia moderna. Vamos únicamente a indicar los principales puntos de este análisis.

Los protestantes con sus errores de rebelión contra la Iglesia Católica, única depositaria de las Promesas divinas, echaron los fundamentos de la *Contra-Iglesia* que es la misma donde se va a entronizar el Anticristo, cuando llegue la hora de su manifestación. Pero antes de que llegue esa hora, aquella *Contra-Iglesia*, oficialmente fundada por el protestantismo y no precisamente por Lutero sino por Calvino, ha de cumplir una historia de tres etapas. La etapa propiamente protestante, la etapa racionalista, o deísta, y la etapa universal, materialista o política.

Las dos primeras han pasado ya; en la tercera y última estamos entrando. Caractericemos estas tres etapas de la *Contra-Iglesia*.

La etapa protestante. — Los protestantes, empujados en destruir a la Iglesia Católica que se presentaba como *única Institución visible, heredera de las promesas que salvan*, establecieron que la Iglesia de Jesucristo era *invisible*, formada por aquellos que verdaderamente se sentían justificados y predestinados, cuyo número sólo de Dios era conocido. Y entonces, las iglesias visibles, las confesiones de creyentes, ¿qué

sentido tenían? Son —dijeron— de institución puramente humana y pueden variar y multiplicarse. Y pueden y, en cierta medida deben, ser nacionales. ¿Entonces la Iglesia Católica —dentro de la lógica protestante— es al menos tan legítima como las confesiones reformistas? De ninguna manera. Porque le falta una nota de garantía que debe sellar a toda confesión para ser legítima, es a saber, la desnuda palabra de Dios y el uso legítimo de los Sacramentos. Luego la *Iglesia Católica, está reprobada. Ella es la Babilonia del Anticristo.*

Tenemos entonces, en esta primera etapa de la *Contra-Iglesia*, cuando el clima del mundo estaba lleno todavía del sentido sobrenatural de la vida, que se establece una *religión invisible* —con destino universal—, de la cual son ciertamente excluidos los católicos y los papistas. Un *cristianismo*, fuera de la Iglesia Católica.

La etapa racionalista. — Trescientos años después de producida la rebelión protestante, el mundo no reacciona ya en un plano religioso, sino en un plano racionalista. Todo ha sido secularizado. Continúan existiendo las religiones, pero sin influencia vital, porque el punto de gravitación de la vida humana se ha trasladado de Dios al hombre, de lo trascendente a lo immanente. Así como la preocupación, en las épocas pasadas, era indagar lo que Dios había establecido para ajustar a ello la conducta, ahora se busca en el hombre mismo, la regla de su vida y aun toda la creación.

En este plano de vida, en que está ahora colocado el hombre, ¿qué expresión, qué réplica encuentra aquella *Contra-Iglesia* de los reformadores? Negado todo lo que puede trascender la conciencia del hombre, hay que ir a buscar en el interior del corazón humano lo que se refiere a su salud, es decir, la divinidad misma. Jesucristo fué modelo de este culto immanente, del que nos dejaron muestras, no tan perfectas, los otros fundadores de religiones. Las distintas religiones han de mirarse como manifestaciones accesorias de ese culto espiritual e interior que únicamente vale. Pero así como el Protestantismo enseñaba que todas las confesiones evangélicas que predicaban la palabra de Dios y usaban los "legítimos" sacramentos eran



LIZACION CRISTIANA

substantialmente "cristianas", con exclusión de la Iglesia Católica, así ahora los racionalistas admiten la identidad de todas las religiones, como expresiones exóticas de un culto universal inmanente, del que debe únicamente ser excluido el culto católico por su carácter transcendente y dogmático.

La etapa democrática. — Después de la guerra del 14, el racionalismo ha sido superado. Superado, digo, no suprimido, porque ha entrado en una etapa que lo contiene eminentemente como contiene también todos los errores de las pasadas centurias. Ya hoy, el hombre no reacciona racionalísticamente, como tampoco reacciona religiosamente. Su reacción es una mezcla turbia de religión, razón, instinto, afectos, pasiones, materia. Es una cosa inominada que puede expresarlo todo y que no expresa nada determinado. Es un freudismo que en el plano más exterior de la vida del hombre, en el plano de la manifestación política, es la nueva religión universal de la Libertad y de la Democracia: es el nuevo "cristianismo". ¿Es Ud. católico, protestante, cismático, infiel, judío, ateo? No importa. Si Ud. erce en la Libertad y en la Democracia, es Ud. un perfecto "cristiano", forma parte de la gran y universal religión, de la que sólo están excluidos como réprobos impenitentes, todos aquellos que no quieran adorar al dios-libertad y al dios-democracia.

Así, pues, como los protestantes buscaban la garantía de pertenencia a la Iglesia invisible de Dios en el sentimiento de sentirse justificados, éstos la buscan en la idolatría de la Libertad y de la Democracia. Y como aquéllos afirmaban lo accesorio y variable de las confesiones religiosas, éstos también, incluso el ateísmo. Y como lo único que no toleraban aquéllos era la Iglesia Católica, éstos más insolentes y audaces hasta se atreven a abrir las puertas de su nueva religión, también a los Católicos, con tal que formulen la profesión de fe democrática.

En el plano materialista a que ha llegado la humanidad, después de los 400 años de la Reforma Protestante, la nueva religión de Libertad y Democracia, es la réplica de la Contra-Iglesia calvinista, dilatada ahora a todos los ámbitos del Orbe, y disponiendo de todas las fuerzas que, sin violencia, son capaces de mover a los individuos y a los pueblos.

Y es este espíritu de comunión en la Libertad y en la Democracia el nuevo y universal "cristianismo" que se ha difundido por el mundo, en alas de la propaganda universal, y que en el campo católico tiene ejemplares, de sobra conocidos para que los nombremos aquí.

Hay una continuidad en aquella Contra-Iglesia de los reformadores y esta modernísima de los nuevos "cristianos". El "cristianismo" se ha dilatado. En la Contra-Iglesia de los protestantes no entraban sino los que formulaban profesión de fe en Cristo, menos los católicos; en la de los racionalistas, los que mantenían una comunicación interior con la divinidad, cualquiera fuera su culto o religión, siempre que ésta brotara de la inmanencia del sujeto, por donde se excluía a los católicos que sólo aceptan una religión transcendente; en la novísima de los democratistas, entran creyentes y no creyentes y hasta los católicos que se avengan con la idolatría de la Democracia; y como estos impíos no descartan la posibilidad de conquistar para esta causa a la Iglesia misma — si posible fuera — su sueño es una Humanidad unida — por encima de la Iglesia — ante el altar del nuevo ídolo, al que también llaman "cristianismo".

La Iglesia Católica únicamente salva

Frente a este "cristianismo" sin la Iglesia o por encima de la Iglesia, hay que oponer como Verdad, que hace estremecer estas intrigas infernales, la de que no hay sino una Iglesia, en la cual pueda el hombre encontrar la salud, y es esta la Iglesia Católica, perfectamente visible.

La demostración de esta verdad no puede efectuarse sino por procedimientos teológicos, es decir propios de aquella ciencia que consi-

dera las auténticas comunicaciones que Dios ha hecho al hombre.

Sólo la Iglesia Católica fué fundada por Jesucristo. Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles que tienen valor histórico perfecto, pudiendo desafiar la crítica más exigente, nos demuestran cómo Jesucristo fundó una sociedad religiosa, cuya preparación había iniciado Juan el Bautista, en la orilla del Jordán, cuando clamaba: "Haced penitencia porque se acerca el reino de Dios; y el mismo Jesús, encarcelado Juan, "se retiró a Galilea, ... y desde entonces comenzó a predicar y a decir: *haced penitencia porque está cerca el reino de los cielos* (Mt. II, 13-17). este reino que preparó y dispuso, antes de su pasión reuniendo a los apóstoles y discípulos, dándoles misión y estableciendo su organización, lo continuó después de su pasión cuando confirmó a Pedro el primado y cuando ordenó a todo el Colegio Apostólico: "Id y predicad a todas las gentes, ... enseñándoles a guardar todas las cosas que yo os he mandado y estad ciertos que yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos. (Mt. XXVIII, 18).

Esta sociedad, así fundada, con su doctrina, su organización, sus autoridades, con la promesa de asistencia y de indefectibilidad, comenzó a funcionar bajo el gobierno de Pedro y los Apóstoles, como sociedad distinta de la sinagoga en "Jerusalén, y toda la Judea, y Samaria hasta el último confín de la tierra" (Hechos I, 8); como sociedad religiosa, visible, cual ciudad colocada sobre un monte que no puede ocultarse y que es avistada por cuantos vienen del Austro y del Aquilón, del Oriente y del Occidente.

Que esta Iglesia visible es medio necesario de salud para todos. Así lo han definido los Concilios, el IV de Letrán, que dice *extra illam nullus omnino salvetur, fuera de ella ninguno se puede salvar*, y el Florentino, que dice que "no sólo los paganos, pero ni los judíos o herejes, y cismáticos pueden ser partícipes de la vida eterna".

La razón es clara y fué dada en forma definitiva por los Apóstoles, Pedro y Juan, cuando después de haber curado al cojo que pedía limosna en la puerta del templo, dijeron a los gentiles:

"Sabido sea de todos vosotros y de todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo, Nazareno, a quien vosotros crucificásteis, en éste, ha comparecido éste ante vosotros sano.

"Esta es la piedra, despreciada por vosotros los edificadores que se ha convertido en piedra angular y en ningún otro puede hallarse

"la salud como que no hay otro nombre debajo del cielo, en el cual puede uno salvarse".

Tampoco entonces, en nombre de la Libertad y de la Democracia, tampoco entonces en nombre de la raza o de la nación. Este cojo, que no sólo es todo individuo humano, también lo son los pueblos y las civilizaciones, que no pueden ser enderezadas si no es por la influencia sobrenatural que únicamente reside en la Iglesia Católica.

Por estos los antiguos Padres han comparado la Iglesia al Arca de Noé. "Cualquiera — dice San Cipriano — separado de esta Iglesia se junta con una adúltera, también se separa de las Promesas hechas a esta Iglesia. Extranjero es, profano es, enemigo es. Así como no pudo escapar ninguno de los que estuvieron fuera del Arca, así tampoco podrán escapar los que estuvieran fuera de la Iglesia". Y Gaudencio Brixienso dice: "Consta que perecieron todos los hombres en aquel diluvio, fuera de aquellos que merecieron salvarse porque estaban dentro del arca, que figuraba a la Iglesia. Porque así ahora no pueden de ningún modo salvarse los extraños a la Iglesia Católica".

CONCLUSION

Tanto para los individuos, como para los pueblos y para la humanidad no existe sino una única Institución que pueda salvarlos: la Iglesia, por encima de la cual no puede, entonces, admitirse nada superior.

Admitir cualquier institución humana, como medio necesario de salud, llámese Libertad o Democracia o como se quiera es admitir que hay otro nombre en el cual nos podemos salvar fuera de esta Arca de Salvación que fué dada por el cielo al hombre.

Por esto atacamos y seguiremos atacando, con toda la fuerza la idolatría de la Libertad y de la Democracia, idolatría tan errónea y funesta como la de la sangre y de la raza. Porque el hombre y los pueblos no pueden superar los falsos ídolos sino únicamente cuando se prosternan para adorar al único, Dios vivo y verdadero, que nos creó, que envió a su Unigénito para redimirnos y que ha dejado la Iglesia, una, Santa, católica y romana, fuera de la cual no hay salvación, ni para los individuos ni para la civilización. No hay civilización cristiana sino únicamente cuando el orden temporal de la vida humana está en conexión con esta Personalidad, visible y viviente, que es la Iglesia Católica. En el próximo artículo estudiaremos cuál deba ser esta conexión.

JULIO MEINVILLE.



LA PALABRA DEL PAPA

Una vez más acaba de hacerse oír la voz del único Maestro, puesto por Dios para iluminar las mentes y dirigir los caminos de los hombres y de los pueblos. Esta vez para que "todos y en especial los niños, eleven con ardor sus preces a Dios durante el mes de mayo, para que pidan a Nuestra Señora la ayuda sobrenatural para quienes tendrán que decidir el destino de todos los pueblos".

"Estos hombres deben considerar cuidadosamente ante Dios, que todo lo que exceda los límites de la justicia y la equidad, tarde o temprano perjudicará seguramente, en forma considerable, a vencedores y vencidos, pues llevará la semilla de nuevas guerras."

La paz, la verdadera "que el mundo no puede dar"... "porque está todo él puesto en malicia" (I Juan V, 19) y "para los impíos no hay paz dice el Señor" (Is. XLVIII, 22), debe basarse en la justicia y la equidad.

Esta paz no puede, entonces, ser obra de los hombres. Es necesario "la luz divina", "la ayuda sobrenatural", porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican, y si el Señor no custodiare la ciudad en vano está de vela quien la custodia". (Salmo 121, 1).

Esta paz debe ser particularmente gracia de Nuestra Señora como un regalo de sus manos misericordiosas. Porque el mundo apóstata y traidor no merecería sino la destrucción y la muerte. Pero en atención a Ella, la Mujer puesta para destruir la cabeza del gran Seductor, la tierra puede conocer —una vez más— el reinado universal de la paz. No para adorar los mitos grotescos y disolventes de la Libertad y de la Democracia, sino para reconocer públicamente y universalmente la supremacía de la Iglesia, cuya fortaleza es esta Mujer.

Pero como dice el Papa: "No basta acudir a los altares de la Santísima Virgen a ofrecer flores y hacer imploraciones. También es necesario renovar las costumbres públicas y privadas a fin de establecer los sólidos cimientos en que debe fundarse el edificio de la vida doméstica y civil, edificio que no debe ser inarmónico y perecedero sino homogéneo y duradero".

A la luz de estas enseñanzas, cuán poco se puede esperar —cuán terribles daños se deben esperar— de los pueblos que manejados por la codicia hipócrita de unos pocos amos universales se preparan para repartirse como despojos, el resto de otros pueblos. Pero dice también el Señor "No queráis poner vuestra confianza en los gobernantes, o en los hombres en los cuales no hay salud". (Salmo 145,2) "Mejor es confiar en el Señor que confiar en el hombre; mejor esperar en el Señor que esperar en los gobernantes". Salmo 117,8).

NUESTRO TIEMPO

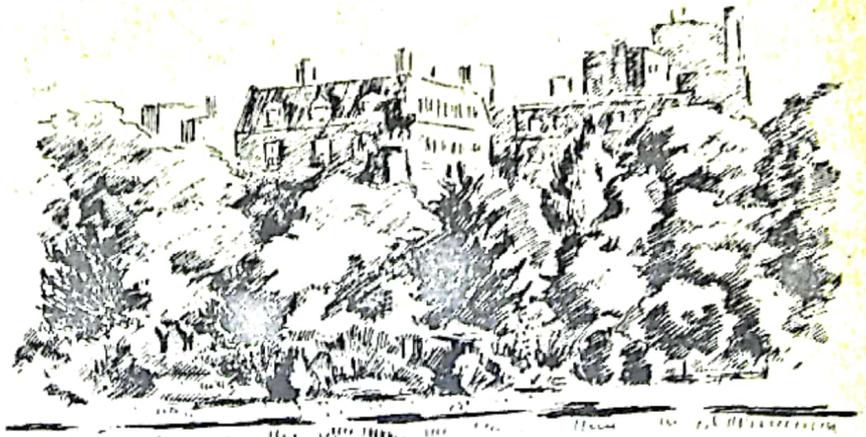
CÓMO ES LA REALIDAD

"La restauración de nuestras fuerzas exige un régimen prudente de avance lento y gradual, de subordinación absoluta de la actividad a la inteligencia"...

Angel Ganivet

Por motivos obvios ya no nos referiremos a la guerra. Lo que escribimos, lo que pensamos acerca de política exterior, está dicho; ahí queda, pues no tenía, como el Gobierno, carácter provisional.

Pero nada nos impide atender a la política, al manejo de las cosas del bien común que, por serlo, a todos nos atañe. Nos hemos propuesto discernir los hechos aunque vengan entre tumbo de ola. Confesamos paladinamente no disponer más que de palabras para afrontar tales



hechos inherentes a un gobierno que subestima tanto la palabra y habla, por eso mismo, también tanto.

El año 1943 trajo al país un 4 de Junio especial cuyas consecuencias crecen solas y ciegas. Ese día, varios jefes en acción de logia, presididos por el propio Ministro de Guerra y con el asentimiento de todos, ya que ninguno se opuso, sacaron tropas a la calle. El pobre gobierno en ejercicio, próximo ya a terminar su período y con heredero a la vista, fué depuesto sin que hubiese podido ni atinado a ofrecer la más mínima resistencia. Era con corta distancia, la segunda vez (hasta entonces, hasta la primera y desde la organización nacional nunca triunfaron sobre los gobiernos las revoluciones) que caía aplastado por el Ejército un gobierno de curso legal. Pero mientras en la otra ocasión sólo fué el instrumento último de una campaña civil y no participó en el desarrollo político del 6 de Septiembre, en esta el Ejército, exclusivamente, dedicado de todo por compromiso civil, es decir, de toda voluntariedad, realizó el acto inicial y hoy —después de dos años de ensayos en que no se logró un solo extremo— todavía hoy, retiene el poder político.

Y ésta sí es la circunstancia rara, ésta es la anomalía real que vive el país. El gobierno, la política, el interés nacional y su necesaria intrusión en el privado, el orden público, el resguardo de todos y de cada uno, toda esa suma ingerencia que el Estado corporativo, está dependiente del Ejército.

No se sabe en verdad de nuestra civilización alguna, esto lo decimos sin dudas democrática, que ni aún en situaciones del más expreso riesgo bélico, ni aún en los momentos militares de su historia, haya fundido en el Ejército su Estado.

Las dictaduras militares resultan de un proceso de desintegración política cuando el régimen al que suplantant agota su iniciativa y pierde su respaldo social. Y es propio de las dictaduras militares llenar los claros civiles que dejan abiertos. Por eso se integran con hombres representativos, definidos en lo que se refiere a ideas políticas: hombres no de partido, sino de tendencia. Algunas pueden, incluso, encajar en la circunstancia histórica y mostrar una fe de bautismo, de bautismo de sangre, que testimonie su filiación política irrevocablemente.

Pero, entendiéndose, lo nuestro no es exactamente una dictadura militar. Nuestro caso es el de una instalación en el gobierno conforme a un plan que verificó el momento exacto en que se podía dominar los resortes materiales de la administración. Desde luego, es indudable que el régimen de partidos naufragaba, pero ya es dudoso que esa crisis, más reflejo de la quiebra universal del liberalismo que específicamente nacional, exigiese solución perentoria.

No obstante, cuando los Jefes señalan que el 4 de Junio hubo una revolución no saben hasta qué punto aciertan. Hubo revolución porque lo

que vuelva ya no volverá como se ha ido. Por que se han provocado nuevos hechos que ya ocupan espacio y cobran perspectiva relegando al pasado, el pasado inmediato. Pero ello, lejos de ser un mérito, aumenta la responsabilidad militar. Sólo las revoluciones dirigidas, las que se realizan para adelantarse a los hechos, tienen la energía necesaria para encauzarlos y la suficiente destreza para encontrar en lo que construyen de nuevo, en lo que dejan fijo, en su misma proyección, la salida. Las otras, las que interesan a la patología política, son formas anárquicas, disimuladas o francas. Es evidente, además, que una revolución que desde el Estado se malogra, también al Estado compromete. Toda revolución es un dios Jano: en una cara el Estado y en la otra, la cara de reverso, la anarquía.

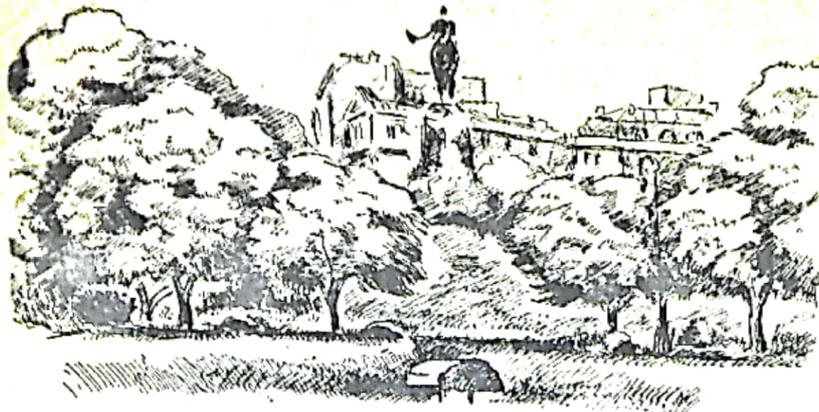
Al comienzo, la opinión nacionalista, la única opinión revolucionaria, la única que quería dar en el blanco donde no acertaron las sucesivas revoluciones argentinas, pudo creer que el 4 de Junio era la buscada revolución nacional. Pero pronto, no tan pronto, sin embargo, para que algunos no demoraran demasiado en el error, se advirtió la absoluta desvinculación, y falta de asidero de que padecía el movimiento militar.

Del 4 de Junio acá, el itinerario —un gráfico febril— del Gobierno o los gobiernos militares muestra el tamaño espesor de un empirismo que se complace en ignorar que hay valores de tradición y de inteligencia, que hay ideas, que hay usos; en ignorar así cuáles son y de qué modo rigen la realidad, las únicas fuerzas de perduran.

El Ejército, será mejor decir la jefatura militar, operó como si el resto del país careciera de expresión, como si no hubiera habido planteos preexistentes, como si el país cupiera entero en sus camaraderías, como si el 4 de Junio fuese el primer día de la Creación. En verdad, los técnicos de Junio no conocen el país; lo ignoran hasta en el quién es quién de sus hombres. Por otra parte, olvidan estas recetas clásicas: para gobernar un país hay que tener, de hecho o de derecho, condiciones de clase dirigente y para lograr una revolución hay que haberla entendido y, por supuesto, entendido primero al país.

Pero en el surtido típico del 4 de Junio no se encontrará ni esa familiaridad con el poder hecha de compenetración con el país ni ese seguro talento, innato en los revolucionarios de raza. El militar aquí, por causas de índole diversa constituye una incipiente mesocracia sin comunicación social, circunstancia que añade a los factores propios de la vida aparte que de suyo, cumple todo organismo militar, razones de comprensión más profundas. Por ahí se explica su actual autosuficiencia de opinión y esto de que no consideren el Estado sino a través del Ejército. Pero metida en política el Ejército es un gigante inerme. Lo arrastra la dialéctica de los hechos y parece uno de esos osos perdidos





sobre un peñón de hielo que se interna en el mar.

Sin acritud porque no nos cuesta medir el tono, afirmamos que jamás en la vida argentina se ha producido una disociación mayor, más perfecta entre el Gobierno y la Comunidad. Jamás un Gobierno ha carecido como carece éste de toda opinión computable. Todo el país, antes dividido y subdividido ahora por el 4 de Junio, sólo se manifiesta de acuerdo en su contra, en la unanimidad de la contra. El 4 de Junio referido a la revolución nacional tenía un sentido, tenía una lógica, tenía un ánimo, pero lo han dejado sin sentido, sin lógica y sin ánimo, tartamudo y sin nada adentro, como un pobre de espíritu.

Si alguien ve aquí un ataque al Ejército se equivoca y tergiversa. No nos mueven propósitos polémicos. Sentimos por la vocación militar y por el orden militar un respeto de antiguo testimonio. No somos de los que por un mal ejemplo cambian su doctrina. Lo que tratamos es de expresar— se nos escuche o no se nos escuche— libremente un juicio. Porque ni somos fanáticos ni pertenecemos a ninguna secta de resentidos. No ignoramos, además, y por cierto que la certidumbre nos desembaraza de cuidados, que esta circunstancia no es la nuestra. Lo que salga en breve será obra caduca y muerta. Nosotros iremos hasta encontrar el país.

Pero por hoy sólo descábalos percibir según el buen cristal con que miramos, cómo es la realidad.

NUESTRO TIEMPO.

UN PALADIN DE EUROPA

Se ha publicado hace pocos meses en Buenos Aires la traducción de una nueva biografía del Príncipe de Metternich. Perteneció al escritor rusoalemán Constantino de Grunwald y constituye uno de los más valiosos aportes hechos hasta hoy al mejor conocimiento de la vida y la obra del gran estadista. Carente de las pretensiones literarias de algunas de las "novelas biográficas" tan en boga en la preguerra, esta "Vida de Metternich" interesa sobre todo por el dramático significado que otorga a una existencia puesta por entero al servicio de un ideal, esclarecida por el genio y caldeada por la pasión.

La figura del Canciller austriaco ha sido por mucho tiempo la "hête noire" de la historia europea en el siglo XIX. Derrotado el principio por el cual luchó con denuesto, triunfante el adversario al cual combatió sin descanso, la leyenda que lo rodea es un caso típico de calum-

nia póstuma. Personaje frío, siniestro y cruel, tal es el lugar común que le concierne. Con trazos acutuados, se lo pinta como al lacayo de los tiranos, al forjador de cadenas, al aristócrata insensible, al artificio cínico de la razón de Estado, al enemigo jurado de la felicidad del pueblo. Y no ha faltado el literato adocenado que lo imaginara en sus dramas descargando su odio al gran Corso en la persona inocente del hijo desposeído. ¿No recuerdan nuestros padres al verdugo de "L'Aiglon", en los textos alisonantes del autor de Chantecler?

Grunwald no ensaya ninguna reivindicación; no se propone polemizar con los detractores. La justificación surge de por sí, en el análisis claro y desapasionado de la personalidad del Canciller. Metternich es un hombre, con sus grandezas y sus miserias. Pero es algo más. Metternich es también una época. Es el último y genial representante de un sistema que ya pecaría cuando él nació y al cual su capacidad política permitió prolongar más de medio siglo la existencia.

No nos proponemos, en estas breves líneas, dar cuenta siquiera resumida del libro de Grunwald, ni menos aún, emprender la tarea de estudiar al personaje. Sólo nos destacamos las ideas esenciales que presidieron la obra política de Metternich en sus cincuenta años de actuación, desde que Francisco II lo designara representante en el Congreso de Rastadt hasta que las turbas del 48 expulsaran al impassible anciano de su palacio de la Ballhausplatz.

Si quisieramos sintetizar el valor histórico de Metternich creemos que la expresión más adecuada es la que ahora nos sirve de epígrafe. Pocos como él merecerían, en efecto, con más derecho el calificativo de "paladín de Europa". He aquí por de pronto precisado el leitmotiv determinante de su acción. Metternich es, por sobre todo, un europeo. Ningún vínculo lo ata tanto a ninguna otra realidad como los lazos que lo ligan a la comunidad occidental afineada en el viejo mundo. Hijo del Rin—río europeo por excelencia— no tiene, propiamente, patria. Servía a los Habsburgo como hubiera servido a cualquier otro trono que coincidiera con su concepto de la europeidad. La monarquía habsburguesa (la Monarquía por excelencia, en el léxico oficial) era la negación del estado nacional. Sabemos que comulgaba en ella, unidas por el único nexo de un Estado que no era sino puramente Estado, los pueblos más diversos y las razas más dispares. Era la traducción moderna de la vieja idea medieval del Imperio de la cual el águila bicéfala recién se desprende oficialmente en vísperas de la batalla de Jena.

Siendo, pues, Europa la única patria de Metternich, lógico resulta que antepusiera los intereses de Europa a todos los demás intereses entregados a su custodia. Austria era simplemente para él la abanderada de la comunidad europea. Por eso el momento culminante de su

carrera y de su vida coincide con el momento en que Europa se funde en una acción solidaria para la defensa común de los valores europeos amenazados. El apogeo de Metternich es el Congreso de Viena.

Después del Congreso de Westfalia, el Congreso de Viena representa una poderosa tentativa de ordenamiento político para todo el continente. Pero mientras que la paz de Westfalia se limitó a registrar la triste nueva de la quiebra de la unidad, el Congreso de Viena intentó restaurarla sobre bases de vigencia duradera. A ello se dirigió el potente esfuerzo de Metternich.

Se podrá condenar ex post facto cuanto se quiera la célebre fórmula del "equilibrio europeo" que rige hasta 1914. Se podrá señalar con justicia el vicio fundamental de origen que determinó su definitivo fracaso. Pero no puede negarse que se trató del último ensayo serio realizado hasta hoy para reconstituir la solidaridad y afianzar la paz del viejo mundo.

A la idea del equilibrio va aneja, en el pensamiento de Metternich, la doctrina de la legitiuidad. Para él, la paz no es posible sino dentro del orden. Pocos días antes de su muerte decía a uno de sus amigos, irguiendo altivamente la noble cabeza pintada por Lawrence: "J'ai été un rocher de l'ordre". Y el orden era para él incompatible con la Revolución. Por eso combatió la revolución allí donde la encontró, en el carbonarismo de las sectas secretas, en la ambición napoleónica, en el resurgir de las nacionalidades, en la guerra y en la paz.

Pero la lucha de Metternich era, como lo recalca Grunwald, una batalla perdida desde su comienzo. Su enemigo era demasiado poderoso puesto que era nada menos que la historia misma. La revolución liberal pertenecía a un orden de cosas que ningún individuo podía detener o superar. Y la revolución estaba precisamente en las antipodas de Metternich, como él mismo lo previera y como la posteridad liberal lo confirmó.

Pero si Metternich fué un vencido, no fué un fracasado. Hay en su obra, aspectos que le sobrevivieron y que sobrevivieron a la crisis que lo arrojó del poder. La Santa Alianza del orden contra la revolución hizo crisis muy pronto, en pleno apogeo de su gloria. La doctrina del Estado puro contra el Estado nacional quebró con el triunfo de las nacionalidades. Pero la conciencia de la unidad fundamental de Europa subsiste por más de un siglo. Apenas hoy asistimos a su liquidación.

Cuando comparamos el proceso que terminó las guerras napoleónicas y la paz que las sucedió con lo que ocurre en nuestros días, una sensación de desamparo nos domina. Es la impresión del que se contempla al espejo y advierte de golpe una ruina física que la mirada rutinaria de cada día había dejado escapar. Metternich podría estar equivocado, podría su doctrina ser anacrónica, podría navegar su espíritu contra la corriente inexorable del tiempo. Pero había allí una riqueza de pensamiento político y una capacidad para expresarlo en realidad, cuyos alcances hasta hoy nos ha sido dado contemplar. Muy distinto es ahora el panorama. Con medios prodigiosamente más ricos, con un instrumental perfecto a su disposición, los políticos actuales carecen de todo engarce con las realidades que manejan. Lejos de dominarla, son dominados por ella. Ya no es la inteligencia la que gobierna los hechos; son los hechos, los que imponen ciegamente su ley.

La historia es irreversible. No es lícito pues, pensando históricamente, aspirar a un retorno de tiempos que fueron ni a una revitalización de ideales definitivamente caducos. No creemos en las posiciones meramente reaccionarias. Pero creemos, sí, que si el mundo tuviera hoy algunos pocos hombres de Estado de la talla de Metternich, una conciencia como él la tuvo de los intereses de la comunidad internacional, otra sería nuestra suerte en los tiempos oscuros que nos esperan.

MARIO AMADEO.



UNA NUEVA TEOLOGIA

Hasta hace unos días, creíamos que el R. P. León Harkins, era sacerdote católico, con veleidades liberales y demócratas, es cierto, pero que podían disculparse en un norteamericano. Pero cuando le oímos el sermón-bendición que pronunció en el funeral cívico-religioso en homenaje a la memoria de Roosevelt, nos enteramos sospechas de que el P. Harkins podría ser un pastor protestante. Su discurso era de la misma factura que el del Reverendo William C. Poole, pastor de la Iglesia Metodista. El P. Harkins, sacerdote de la Iglesia Católica, única heredera de las Promesas, habló como un ministro de una secta disidente, y en consecuencia dijo graves herejías.

Afirmó que la "Caridad" es una virtud *cardinal*, "tan amada del Sagrado Corazón, virtud de la que fué en vida un brillante exponente el presidente Franklin Delano Roosevelt".

Pero Roosevelt era "hereje". Y como todo hereje excluido del seno de la verdadera Iglesia, donde sólo puede darse la virtud de la caridad que no es cardinal sino teologal. Precisamente porque teologal, la caridad es virtud estrictamente sobrenatural y tiene por objeto formal el amor de Dios, conocido sobrenaturalmente.

El P. Harkins ha inventado una nueva teología. Enseña que la caridad es una virtud "cardinal" Si "cardinal" no es necesariamente sobrenatural. Si no es sobrenatural puede darse, fuera de la Iglesia, en los herejes. La dicha virtud de la caridad se confunde con un "humanitarismo", y como el P. Harkins decreta que Dios llamó consigo a su siervo, el Presidente Roosevelt, "inélito campeón de las libertades religiosas" porque fué exponente de la "caridad", resulta que el "humanitarismo" salva a los hombres. En consecuencia la Iglesia Católica no es medio necesario de salud como hasta aquí enseñaban la Concilios de Letrán y el Florentino.

Si el P. Harkins, en su carácter de americano y admirador del Presidente Roosevelt, se sienten obligado a rendirle homenaje de admiración y gratitud, hágalo. Pero no altere, por ello, la teología católica.

J. M.

NORMALIDAD DE LA ENSEÑANZA

Frente al estupor del alumnado, en su mayor parte femenino y totalmente ajeno a las preocupaciones ideológicas, al comienzo del año escolar, con exactitud de complot auspiciado desde la altura, se desencadenó la más furiosa y apremiante campaña contra el Rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario.

La prensa en masa, toda esa prensa que ejerce el monopolio de la libertad liberal, tuvo a su cargo la resonancia del escándalo, mientras diversos centros de profesores diplomados multiplicaban con arte funambulesco los magros efectivos.

Nada se omitió: ni la calumnia desembozada, ni el quebranto de la disciplina, ni la complicidad de los profesores, ni la violencia sorpresiva contra los verdaderos alumnos que defendieron con energía el decoro de su casa de estudios; todo, en fin, fué dirigido y orquestado muy "totalitariamente" para la persecución del Rector y de los distinguidos profesores que reemplazaran a los Mantovani, a los Guerrero, a los Rasovsky y a los Busenwasser.

Los pretextos se tomaron de la presunta ideología del Rector, cuyo pensamiento político, que consta en serenos y armoniosos libros de clara inspiración tradicional, occidental y cristiana, hubo de recibir de anatomía de todos los conciliábulos liberales que, en defensa de sus masónicos dogmas y de los intereses de sus amos extranjeros, imitan grotescamente la intransigencia apostólica de los Concilios de la Iglesia.

Puesto que la suerte del cristiano suele hacer en la medida de su fe la imitación del divino Maestro, no faltaron las abluciones del Pretorio; y las víctimas del abandono fueron entregadas por fin a las jaurías del resentimiento y al odio de la plebe.

Quien quiera que se atreva, de ahora en más, en ejercicio de "su libertad y dignidad de persona humana", o, si se quiere, en cumplimiento de su fidelidad, a rehusar adoración a los Mitos dominantes, incurrirá en la celosa farisaica maldición.

La Sinagoga de Satán, para minar así, mejor, los fundamentos de la Ciudad de Dios, realiza el simulacro; pero no puede ocultar del todo la mueca triste de su verdadero rostro ni la fatal contradicción que la corroe.

La Secta de la Libertad tiene ahora sus anatemas, sus "zelantissimi", sus conciliábulos, sus nuevos dogmas y sus autos de fe.

La contradicción que lleva en su seno denuncia el origen abyecto.

Los revoltosos del Instituto, instrumentos ocasionales de una empresa de mucho más alcance, no cludieron en el episodio el rigor de su propia ley: se llevaron el retrato de Rosas y le prendieron fuego en la calle, en medio del festejo talmúdico del barrio; pero tuvieron que consumir el atropello bajo la mirada del Libertador, del propio autor del famoso legado: "El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América del Sur, le será entregado al General de la República Argentina don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarnos".

Hoy, la humillación ya está consumada: la celebran estudiantes "argentinos" y el Sable se conserva envalnado en el Museo, para ilustrar mejor la normal enseñanza de la Historia.

H. A.

ECONOMIA

MENTALIDAD COLONIAL

Nuestra moderna estructura económica nació y se desarrolló teniendo en cuenta exclusivamente la producción para exportar a los mercados extranjeros. Este hecho es tan obvio y explicable si se recuerda que a fines del siglo pasado la población argentina era muy reducida y su poder adquisitivo muy escaso. Sistema predominaba entonces en todo el mundo una fe ciega en el libre cambio y en su definitivo establecimiento como norma del comercio mundial. Si a esta se añade la insaciable demanda, continuamente creciente, de nuestros alimentos y materias primas por parte de los viejos países industriales, es lógico entonces que se considerara que para la Argentina "Progreso Material era sinónimo de "Exportación".

Estas circunstancias se ven claramente reflejadas en las características más salientes de nuestra organización económica. Los ferrocarriles son un caso típico: todos ellos convergen en forma de abanico hacia los puertos. La agricultura y la ganadería se han especializado en unos pocos productos de exportación, descuidando importantes sectores de la demanda interna. El comercio exterior ha gravitado de manera desmesurada y peligrosísima en toda nuestra vida económica.

Pero, a la par de estos hechos se ha desarrollado un fenómeno psicológico no menos grave: se ha creado en el país una verdadera *mentalidad colonial* en materia económica. Ello se advierte por múltiples síntomas. El productor se encuentra pendiente de satisfacer la menor exigencia del consumidor extranjero. Los "exportadores" adquieren una preponderancia inusitada y siguen denominándose así aunque con el tiempo gran parte de sus ventas se realicen en el mercado interno: Se desarrolla un complejo de inferioridad técnica: seremos siempre incapaces de todo progreso industrial por elemental que sea. Es verdad que producimos el mejor trigo y la mejor carne del mundo;

SANTO TORIBIO

En nada pudo dañarle el hijo de la Iniquidad, pues el Señor lo había ungido con su gracia, y, desde el día que naciera a la vida en las aguas del Bautismo, no quiso dejarlo de su mano. Oriundo de noble estirpe leonesa, Valladolid y Salamanca le infundieron la recia espiritualidad hispánica que fué el sello de su catolicismo viril y decidido. Triunfó de los más rudos embates de los sentidos; mortificó su carne a fuerza de ayunos, cilicios y vigiliás hasta hacer de su cuerpo un dócil esclavo de Cristo. Descalzo, peregrinó en una ocasión al sepulcro de Santiago, y allí, al levantar los ojos al Cielo, pudo observar que el camino del gran Apóstol de las Españas se prolongaba hacia el Oeste sobre las aguas saladas del Océano.

Ya en América, ocupó la sede de Lima, la Ciudad de los Reyes que, recién fundada, era honrada de la Cristiandad y gloria impercedera de Castilla. Mientras la chusma luterana y calvinista despedazaba la Europa que forjara la Iglesia, el César Carlos y el gran Felipe habían echado los cimientos de un Imperio limpio de herejes, de moros y de judíos, en el que paulatinamente los indios paganos iban ingresando al gremio de la Madre común. El celo apostólico de Santo Toribio había hallado, pues, el ambiente que requería: las virtudes del Obispo, admiradas con santo reconocimiento, edificarían a ese pueblo hispano-criollo; el inmenso regalo de su Caridad, puesta a prueba con una generosidad nunca desmentida, quedaría a través de los siglos como la más elocuente demostración del verdadero sentido de la conquista real y efectiva de todo un mundo arrancado al poder de Satanás y entregado a Cristo y su Iglesia.

Implantó en el Perú los cánones de Trento, y así imprimió en su vasta diócesis el sello de la Contrarreforma, verdadero auno en que fué forjada nuestra América (la auténtica América construida por misioneros y esforzados capitanes: la América española, la América nuestra que hoy gimo en el oprobio de su caída). Por orden de Toribio reuniéronse sinodos diocesanos y concilios provinciales que adecuaron la disciplina tridentina a las exigencias de la evangelización de los indios y de las demás circunstancias propias del nuevo imperio que surgía a la luz. Sólo con varones como el santo obispo podía hacerse a cabo obra semejante; sólo con varones como él que no se perdían en medio de un

pero ello se debería sólo a la fertilidad de nuestras tierras. El extranjero será siempre más hábil que el criollo.

Los veinticinco años transcurridos entre las dos guerras mundiales trajeron cambios fundamentales a nuestra economía. Dos son los hechos más salientes: la creciente reducción de los mercados exteriores y el progresivo desarrollo del mercado interno.

Por una parte, el libre cambio demostró haber sido solamente una conveniencia pasajera para algunas grandes potencias, y que estaba muy lejos de tener el valor universal que se le había pretendido dar. La experiencia posterior en 1930 terminó por convencer a los últimos recalcitrantes.

Por otra parte, la población argentina aumentó muy rápidamente, merced a la inmigración. Este aumento se hizo visible principalmente en los centros urbanos, que han demandado crecientes cantidades de productos del campo. Además el desarrollo de las actividades comerciales primero, e industriales luego, ha dado lugar a una marcada elevación del nivel de vida y a una mayor demanda de aquellos productos. Esto ha sido particularmente notorio en los últimos tres o cuatro años, en que el aumento de la ocupación y de los salarios ha originado un alza insospechada en la demanda de gran número de productos. El caso de la carne es típico.

El abastecimiento de carne para la ciudad de Buenos Aires se satisfacía normalmente con unos 800.000 kilogramos diarios. La demanda

DE MOGROVEJO

activismo ruidoso y estéril sino que unidos a Cristo y su Cruz, vivían una existencia dedicada a la oración, cuya añadidura era el más ardiente entusiasmo por la cristianización de esas tierras confiadas a su custodia.

Cuenta un autor peruano del siglo XVII que era el Santo "tan grande limosnero" que, para socorrer al pobre, no hallando dinero a mano, no estaban seguras las colgaduras de su casa, ni los ornamentos de su persona. Como advertieren sus allegados que si le colocaban dos candelabros fatalmente regalaba uno, decidieron colocarle uno solo, y se dio el caso que llegó a un pobre cuando rezaba Maitines el Santo; al notar éste su presencia le obsequió el único candelero: "¡Véleme la hoja, porque no puedo —tuyo que decir a un paje que acertara a pasar—; pues tengo con las dos manos el Breviario y la vela"... Refiere el mismo Padre Villarreal que poseía Toribio dos excelentes mulas de carroza hasta que, llegado al patio un mendigo, oyó de labios del Obispo esta orden: "Lleaos estas dos mulas... aprisa, aprisa, mirad no os vea mi hermana".

Montado en mula, veíase por los caminos del Tahuantisuyu la silueta descarnada del Obispo, que, silencioso, en permanente oración, recorría, sin dar muestras de fatiga, la vastísima diócesis que le asignara el Papa Gregorio XIII. Cuando, llegado a algún convento, los frailes se aprestaban para obsequiarle, él, lleno de alegre caridad, se apresuraba a servirles la mesa, disimulando así la dura abstinencia que había abrazado como regla de conducta; abstinencia que fué compañera inseparable de su vida mortal, hasta el día aquél en que, entonando el salmo 121, entregó su alma con estas palabras en los labios: "Me he alegrado en esto, que se me ha dicho: A la Casa del Señor iremos".

La Iglesia nos recuerda en la festividad del Santo la parábola del Buen Pastor. Y en verdad fué Toribio cumplida imagen del Pastor Divino que, no escatimando sacrificios por su oveja, dió la vida por ellas; porque si bien no recibió de manos del verdugo la palma del martirio, mortificaciones sin cuenta, padecidas por el amor de Cristo y por el celo de las almas, le hicieron vivir las adorables incomodidades de la Cruz y terminaron por arrebatarlo de esta tierra en que peregrinamos.

SANTIAGO DE ESTRADA.



comenzó a aumentar pero la oferta continuó constante. Los precios han subido y el consumidor protesta. Los "expertos" hablan de supuestas maniobras especulativas, de inflación, de exceso de carnicerías. Analizado el problema a fondo se demuestra que se trata esencialmente de un problema de oferta. El año pasado la Corporación Argentina de Productores de Carne puso en práctica un plan de venta de una cuota adicional de 1.000 novillos diarios en la Capital Federal. Los mismos expertos predijeron fracaso del ensayo: la carne de novillo no responde al gusto del consumidor argentino, y el mercado va a bajar estrepitosamente ante tal cantidad de carne. De la noche a la mañana se lanzaron al consumo 300.000 kilogramos más de carne, o sea un aumento del 40% sobre la cifra anterior. Pues bien, no sólo no hubo exceso sino que los precios no sufrieron la menor disminución.

¿Ante la evidencia, los señores que siempre han pensado en la carne como en un producto de exportación, se ven forzados a reconocer que "la población tiene un exceso de poder adquisitivo"?

¿Qué ocurre para que se haya llegado hasta semejante despropósito? ¿Es que el país no produce carne suficiente para satisfacer esa demanda excesiva? No; sencillamente es que hay un conflicto entre el mercado interno y la exportación, hecho nuevo en nuestra historia económica. La guerra ha agudizado notablemente la demanda exterior de algunos productos, como la carne, que tiene hoy un mercado prácti-

camente ilimitado. Para aumentar entonces el consumo interno es menester restringir la exportación. No hay ningún convenio internacional que lo impida, pero hay algo más importante: la mentalidad colonial que se aferra fatalmente al fetiche de la exportación. Es claro que nadie nos asegura la permanencia de esta demanda, y que nuestra propia experiencia, precisamente en materia de carnes, nos demuestra cuán frágiles son estas vinculaciones transatlánticas y cuánto hay que sacrificar para mantenerlas. Pero nada importa, cualquier cosa es preferible a tener confianza y tratar de consolar el mercado interno, es decir nuestra misma prosperidad.

La terminación de la guerra planteará problemas decisivos a nuestra economía. De su solución dependerá quizás por mucho tiempo nuestro futuro desarrollo material, con todo lo que ello implica. Procuremos eliminar cuanto antes a esa mentalidad, o a quienes la posean.

ADÁN ESMIT.

TEATRO Y CINE

«GASS LIGHT»

Buenos Aires ha visto representar recientemente la misma obra, en teatro con el título de "Luz de Gas" y en el cine con el de "Luz que Agoniza". Oportunidad de comparar dos formas diferentes de expresión dramática.

Señalemos, de entrada, que se trata de una buena pieza —en el correcto sentido de los términos— cuyo protagonista principal en otra buena pieza —en el mal sentido esta vez, Trama policial, en el que vive una intensa y sofocada tragedia que un loco madura durante casi una vida para obtener, a cambio de la felicidad una mujer, la joya que buscó y anheló durante años. Al fin la consigue, pero entonces el destino hace de las suyas, pues mientras él creía ya en sus manos el triunfo al que dirigió su existencia, otros inesperados hilos intervienen en la trama, lo empujan y lo llevan a la cárcel. La última lucha del malvado contra la inocencia que termina con el triunfo de ésta.

Al comparar la versión teatral con la cinematográfica, surgen algunas reflexiones.

En la obra de teatro (la versión original), el autor ha hecho los personajes con un ritmo preciso, como un buen jockey. La sobriedad con que se va perfilando cada personalidad con rasgos a veces insinuados, eleva al espectador a la participación en el drama, reconociéndose por lo tanto categoría de ser inteligente, capaz de captar el sentido de las situaciones y de integrarlas a través de su comprensión. Es que en el teatro el espectador es actuante y no pasivo. Recibe la suma de emociones elaboradas artísticamente —y por lo tanto aprehensibles, asimilables por la inteligencia— y las interpreta y digiere en la medida de que es capaz. (¿No es esto, acaso, lo propio de toda obra de arte?).

Es otro el procedimiento del cine, y otro su sentido. Apresurémonos a advertir que, con referencia a la obra de que se trata "se pasa el rato" y a veces con intensidad. La trama mantiene su interés; los actores son buenos; la técnica excelente. Pero es otra cosa que la obra de teatro; hay "un comienzo" y hay "un fin"; hay concesiones al gran público (el detective es aquí un galán que termina eternecido mirando la luna al lado de la dama —que así encuentra pronto sustituto— mientras que en el teatro aquél es un viejo algo ridículo aunque simpático —y que toma y propaga el whisky). Pero, sobre todo, se advierte en esto lo propio de toda obra cinematográfica: que entre lo humano que se mueve y lo humano que está quieto —actores y espectadores— se interpone la máquina, el tremendo problema de la máquina.

Es que no es lo mismo el suspiro de una persona viviente que el suspiro de una fotografía animada y parlante, por la misma razón de que nunca será igual mi tía sentada al frente de la fotografía de mi tía sentada. (Hablamos de buenos actores). El suspiro de una persona viviente es como mi propio suspiro, su terror tan humano y cercano a mí, como el mío. Todo eso en cambio, en el cine, es de otra persona, o más

bien, fué. Aunque la vida esté magníficamente representada, no es la vida misma la que tengo ante mí.

El cine tiene otro campo. Con los admirables recursos de la técnica, puede lograr que las cosas exteriores penetren y desfilen disciplinadamente ante el espectador y que así, las cosas adquieran categoría de intérpretes. Recordemos ambientes: el acecho nocturno de "El delator"; el paisaje embriagador de "París Mediterráneo".

El teatro tiene su propia técnica que no alcanza el realismo de la del cine, ni debe pretenderlo, porque tiene la ambición de darse tan íntimamente, tan intelectualmente, como la novela que se lee, el cuadro que se mira, la música directa que se oye. El teatro que abusa de la técnica, se aleja del espectador porque se convierte en algo tan ajeno a él como una exhibición de habilidad; y el cine que imita al teatro en el juego psicológico, renuncia a sus legítimos recursos y se convierte en una imitación del teatro.

Lo que pasa con el cine de ahora es que, si está bien logrado, (que es el teatro corriente); y resulta mejor que el teatro vulgar, si no está bien logrado, actúa como sucedáneo para la multitud, en esta era de las masas. (Y habría mucho que decir acerca de la verdadera, enorme importancia social del cine; pero esto es otro problema, es otro plano).

Con respecto al arte, el buen teatro (el teatro) será siempre una cosa distinta y superior a la realización cinematográfica.

C. M.

«EL AVARO» EN REPRESENTACION DE ARATA

Cierta vez llamó Luis XIV al académico Boileau para preguntarle cuál era el más grande escritor del siglo; éste contestó: "Molière", nombre adoptado por el hijo de una familia de tapiceros que, comenzó con el teatro aprendiendo el arte menor de aquellos cómicos algo burdos y muy locuaces como Tabarin, siendo después actor y fracasando, recorriendo luego las provincias francesas con el suficiente éxito como para volver a París e imponer sus propias obras. Alcanzó por fin la reputación de genio de la Comedia Francesa.

Su obra maestra "El Avaro" se representa en el Teatro Buenos Aires. La interpretación de Arata, asombrosamente clásica y respetuosa de las ya tradicionales, pero que lleva bien marcado el sello personal de nuestro cómico de grandes recursos, le consagra a éste en una de las más respetables categorías de nuestra escena.

Con esta representación, otra vez vemos en nuestras carteleras el nombre de una obra de factura clásica y dentro de la sala un público numeroso que sigue con interés, comprende y aplaude. Esta suerte que sigue a "El Avaro" en el Buenos Aires hace que meditemos algo en torno a las tendencias con ínfulas transformadoras que pretenden con la multiplicidad de los hechos, las tramas intrincadas y el innecesario aumento de cuadros, ofrecer un nuevo teatro —teatro de acciones—, especie híbrida dirigida a dar vértigo cinematográfico y técnica de "studio" a nuestro arte al cual repugnan esas novedades revolucionarias que tantos adeptos han captado.

Con tal que los hechos se dirijan a producir situaciones favorables a la palabra, y con palabras y hechos se dé al actor posibilidades de explotar la escena ya tenemos un *minimum* que rinde más y mejor que ese abarrotamiento de acciones, las curvas espeluznantes de la trama y todos los recursos empleados como con válvula para tener en tensión el sistema nervioso del pobre espectador.

HERCULES SPAGHI.

DE AYER PARA HOY

Notad que las cartas de libertad que se dieron todas las repúblicas americanas son plagios hechos a la Constituyente de Francia, y que así como se han copiado sus palabras, así se ha procurado imitar las hipocresías, los excesos y ju-

rores de la revolución francesa, sobre todo en su odio al cristianismo. Vosotros estáis viendo que no hay cosa sagrada que no se haya atacado: doctrinas, instituciones y personas; por el sable del soldado, por la pluma del periodista, por las leyes y por su administración; en todo y por todos los medios posibles se ha hecho guerra a Dios y se le está haciendo todavía; ¿cómo, pues, podríamos tener paz entre nosotros mismos?

FRAY MAMERTO ESQUIÚ.

(Del Sermón pronunciado en la Iglesia Matriz de Catamarca, el día 27 de octubre de 1861, con motivo de las paces por la paz de la República).

LEYENDO A HILAIRE BELLOC

¿Por qué nos adaptamos con tanta facilidad al pensamiento de Belloc siendo distintas nuestras razas y nuestras costumbres? Porque es un inglés y no un isleño. El, que tanto ha destacado la maléfica influencia de las nacionalidades en la vida de Occidente realiza en sí mismo lo que dijera de Napoleón, es decir que se nos presenta como un verdadero ciudadano de Europa.

Nos encontramos frente a un hombre de nuestras mismas cultura y religión y por ello no se nos interpone ninguna barrera, no tenemos dificultades para adecuar nuestro conocimiento a las cosas que él dice, hablamos con idénticas palabras y significamos con ellas las mismas ideas.

Pero si la conciencia católica de la historia es para nosotros agua clara y transparentísima, no deja de ser honda y difícil y su larga profundidad le da color oscuro, aunque limpio, semejante al de las fosas abismales de los lagos y los mares. Mas este obstáculo para nuestro conocimiento no proviene de nosotros sino del mismo objeto y nos encontramos con un verdadero misterio, que no por ser tal deja de ser espléndidamente inteligible.

Toda la historia gira alrededor de un punto que centra y dirige los innumerables y diversísimos hechos de los hombres. Tal punto no es una fecha, o hecho alguno, no es tampoco un hombre, ni a los hombres solos pertenecen; es una institución y se llama: la Iglesia.

Y lo fundamental en Belloc es eso, la consideración de la Iglesia como institución, la distinción perfecta entre el Cristianismo y la Iglesia, ya que la religión fundada por Jesucristo no es un movimiento personal vago e inconexo sino una "cosa", como dice el escritor con precisión latina en unos párrafos donde explica perfectamente la situación de "cristianos" que nada tenían que ver con la Iglesia.

Leemos en Europa y la Fe: (1) "La concepción de la Iglesia Católica sobre sí misma, podrá ser mejor apreciada tal vez, diciendo que si usamos la palabra Cristianismo estamos al margen del orden de la historia. Cristianismo es un término original de la post-reforma, connota una opinión, no una teoría, un punto de vista, un parecer. Los cristianos de la época de que hablo, no tenían esa concepción. Por el contrario, aceptaban su antítesis. Se adherían al concepto de una cosa; un cuerpo organizado e instituido para un fin determinado; disciplinado en forma definida y concreta. Se puede hablar, al tratar los tres primeros siglos del estoicismo del epicureísmo, o del neoplatonismo; pero no se puede hablar sobre el cristianismo o el cristismo... la palabra Cristianismo identificada por los modernos con la sociedad cristiana del siglo III es un equivalente intelectual de esos ismos absurdos, y repito, connota una idea antihistórica; connota algo que es históricamente falso; algo que no existió jamás. Daré un ejemplo de ella".

"Supongamos un romano de esa época que ha leído con gran interés la literatura de los cris-

tianos. Profesa admiración por la figura tradicional del Fundador de su Iglesia. Repite algunas frases, especialmente de los cuatro Evangelios ortodoxos. Esas palabras lo llevan a expresarse con elocuencia... Termina diciendo: Por mi parte me he hecho una regla de vida, el actuar como me hubiera hecho hacerlo este Hombre Cristo. Me parece que ha sido El quien ha llevado la vida más perfecta de que tengo noticia, y las máximas prácticas ligadas a Su Nombre, se me antojan la guía suficiente para la vida".

Esta opinión y los que la profesaran formarían un cristianismo pero se encontrarán siempre fuera de la Iglesia y la acción histórica de esta nada tendrá que ver con ellos; el orden medieval por ejemplo no fué un mundo que opinaba y practicaba el cristianismo y de ahí la impropiedad del término Cristianismo, en cambio fué un imperio regido por la Iglesia una res publica subordinada a una res theologica.

Considerando pues a la Iglesia como una cosa, y siendo esta perdurable, toda la historia gira a su alrededor y sigue constantemente su vida. No habrá entonces un puro devenir ni luchas entre dos términos que se irán sustituyendo como sostenía Marx, porque uno de los términos será siempre el mismo y el otro, aunque cambien sus nombres y sus métodos será siempre el Anticristo.

Demás está decir que esta interpretación de la historia y de la Iglesia halla su fuente y su confirmación en las Escrituras. El Rey David, la llama Reina en uno de los salmos (2) y en el Apocalipsis encontramos palabras de tanta precisión como estas: "...vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del Cielo por la mano de Dios, aderezada como una novia, engalanada para un esposo...".

"Vino después un ángel... diciendo: Ven, y te mostraré la novia, esposa del Cordero... y mostróme la ciudad santa de Jerusalén... y tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles y nombres esculpidos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel."

La Iglesia pues no consiste en vaza multitud, sino en ciudad con muro y con puertas que deándola abierta al Oriente y al Poniente y al Norte y al Mediodía, la limitan y distinguen perfectamente del camino que la rodea.

Precisada la forma de la religión Católica se entiende claramente su actuación durante toda la historia: la cual podemos resumir en dos aspectos: acción ofensiva y contracción defensiva; Información sobrenatural de la vida humana y defensa inexpugnable de sí misma. Cuando ocurre lo primero nos encontramos ante las edades medias, clásicas, el siglo XIII en Europa, y el siglo de Oro en España; en cambio cuando la Iglesia se defiende empieza la decadencia, que concluye en las edades oscuras, bárbaras. Y esto no en el sentido de que los bárbaros logren triunfar, sino más bien porque los católicos, encerrándose en una estéril intolerancia, dejan de informar con la gracia las producciones de los hombres, quedando éstos sin dirección, aunque dando frutos y materia en gran cantidad, y aquellos limitados a un círculo pequeño y estrecho; barbarizándose a sí mismos. Mas estos momentáneos eclipses, ¿qué otra cosa son tres o cuatro siglos?, tienen su necesidad y su virtud; sin esa contracción y concentración no podría mantenerse la Iglesia en las horas de triun-

fo de la Ciudad terrena; para salir luego de ese retiro con nueva vida que siempre es la misma aunque incorporea y dar forma sobrenatural a cuanto encuentre en su camino.

De esta manera la dialéctica de la historia queda centrada en la Iglesia y dirigida por Ella; y así luego de haber atacado y luchado contra el paganismo durante tanto tiempo, absorbió y sobrellevó a Platón y a Aristóteles, a Virgilio y a Homero, a Cicerón, a César, en Grecia y en Roma, igualmente cuando la tan combatida Edad Moderna haya sido derrotada y la Iglesia gobierne de nuevo al mundo, serán bautizados Descartes y Montesquieu, Nietzsche y Kant y Dilthey, y el Renacimiento semi-pagano, y el filosofismo diciotiesco y el liberalismo del siglo XIX y los paganismos del siglo XX.

Volviendo al historiador, he de expresar dos notas características de su obra.

La primera es su noción de los hechos históricos plenamente desprovista de espejismos que al verlos desde ahora nos desvirtúan lo que en realidad sucedió en determinada época; es decir que no debemos ver la historia hacia atrás; no es posible, por ejemplo, comprender la Reforma, si estamos influenciados por lo que ocurrió dos siglos después, es decir, la división de Europa; por el contrario, tanto los Católicos romanos, como los reformistas pretendían formar una Europa Católica o una Europa Protestante y durante los primeros tiempos por nada se habrían avenido a un equilibrio como el que se estableció en el tratado de Westfalia.

La otra noción que presenta Belloc es la de los números determinantes: o sea, que una sociedad no se determina en uno u otro sentido, ni por determinarse de esa manera todos sus miembros o una proporción fija o la mayoría de ella, sino por un número que, teniendo en cuenta su calidad, su rareza, las circunstancias que se presentan, etc., determina a la sociedad y le da su forma. De la misma manera que en una carretera, donde corren miles de automóviles al año, si en ese período ocurren en un mismo sitio cinco o seis accidentes, tal sitio será "determinado" como peligroso y preferido de la muerte aunque por cada cinco mil vehículos que pasen nada les ocurra a los cuatro mil novecientos noventa y cinco restantes.

En lo social sucede semejantemente, y así en una ciudad sin actividad política un pequeño núcleo de comunistas audaces la determinará como roja y casi soviética; pero trasladada a una urbe metropolitana, y empezad a juntar obreros y obreros, tendréis que superar muchísimo la simple mayoría para poder decir que es una ciudad de trabajadores.

Quedan bosquejados dos o tres puntos principales del pensamiento de Hilaire Belloc, que permanece sin agotar y ni siquiera descubierto en forma ordenada ni completa.

Su influencia en nuestros días es muy grande, y aquí surge una interrogación: ¿Por qué en nuestra época ha aparecido un hombre que interprete con tanta claridad la historia universal? Y recordando que aparte de él muchas personas tienen en estos tiempos parecida cualidad, la pregunta alcanza un valor más amplio y objetivo: ¿Por qué es esta una época de gran comprensión de la historia? Posiblemente porque nos encontramos en una crisis histórica y así como durante las crisis de la filosofía se critican doctrinas que han sido respetadas y sostenidas siglos enteros, en las crisis históricas se critican los hechos y se aclaran los procesos de las edades que envejecen. Nuestra época, tan semejante, en muchos aspectos a aquella en que vivió San Agustín, el primer intérprete de la historia, debía también tener intérpretes de la historia, de la magnitud de Belloc.

ENRIQUE MIGUEL PELTZER

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Aparece los viernes

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

(1) Europa y la Fe. Cap. II ¿Qué fué la Iglesia en el Imperio Romano?, págs. 72, 73, 74 y 75.
(2) San Agustín cita, en "La Ciudad de Dios", los salmos 44 y 47, donde hablando el profeta de la Iglesia le llama "Reina" y "Ciudad del grande Rey", nombres que muy mal se acuerdan con interpretaciones multitudinarias de la Iglesia.